

Karina Pacheco Medrano

La sangre, el polvo, la nieve



La sangre, el polvo, la nieve





Seix Barral Biblioteca Breve

Karina Pacheco Medrano
La sangre, el polvo, la nieve



Planeta

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y siguientes del Código Penal).

La editorial no se hace responsable por la información brindada por el autor en este libro.

La sangre, el polvo, la nieve

© 2021, **Karina Pacheco Medrano**

(1.a edición: Editorial San Marcos, 2010)

Retrato de la autora: Daniel Mordzinski

Corrección de estilo: Leila Samán

Diseño de portada: Departamento de diseño
de Editorial Planeta

Diseño de interiores: Giancarlo Salinas Naiza

Derechos reservados

© 2021, Editorial Planeta Perú S. A.

Bajo su sello Editorial Seix Barral

Av. Juan de Aliaga N° 425, of. 704 - Magdalena del Mar.

Lima - Perú

www.planetadelibros.com.pe

Primera edición: abril 2021

Tiraje: 740 ejemplares

ISBN: 978-612-4379-46-8

Registro de Proyecto Editorial: 31501202100052

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú

N° 2021-02780

Impreso en Aleph impresiones SRL

Jr. Risso Nro. 580, Lince. Lima

Lima - Perú, abril 2021

*A la memoria de
Rafael Tupayachi Ferro*



*Quiero reflejarte siempre de cuerpo entero
y quiero no ser nunca ciego o demasiado viejo
para sostener tu densa y oscilante imagen.*

RAINER MARIA RILKE



Planeta

Parte 1



La sangre y la nieve

Planeta

1

Sucedió la misma semana en que hallaron a los cuatro amigos en las faldas del antiguo templo incaico, con un tiro en la sien cada uno. Durante meses, esa sería la comidilla favorita en la ciudad. Yo iba a cumplir ocho años y no entendía por qué mi madre apenas hacía comentarios sobre la extraña muerte de esos jóvenes, todos hijos de familias conocidas, uno de ellos pariente nuestro. En ella volvió a desatarse el duelo que durante una decena de años había reprimido. Cuántas cosas, además de la nieve que cubriera la ciudad aquellos días de agosto de 1945, provocaron la rebelión en los sentimientos de mi madre, la decisión implacable que acabó con la vida de esos cuatro amigos, mi despedida prematura de la infancia.

Había sido un invierno crudo, ocupado por las noticias sobre la reciente guerra mundial que dejara como remate de su apocalipsis dos gigantescos hongos de fuego que en pocos segundos habían segado millares de vidas en Hiroshima y Nagasaki, así como la perturbadora sensación de que el ser humano se había hundido en un abismo

sin atreverse a buscar amparo en otras lumbres que no fueran la tecnología, el acaparamiento de poder y el sálvese quien pueda. Al otro lado del mundo, la gente en mi ciudad comentaba la era atómica que se iniciaba y observaba con estremecimiento los nubarrones que se mecían sobre nosotros, temiendo que en cualquier momento, por error o locura humana, un avión de la guerra mundial ya terminada surcara nuestro cielo para plantar sobre nuestras cabezas otro hongo infernal. No ocurrió; pero la penúltima tarde de agosto, después de muchos años empezó a nevar, y a la mañana siguiente, mientras los niños salíamos a los zaguanes y plazas para jugar con la nieve, uno podía ver por las calles cómo, literalmente de boca en boca, extinguida toda discreción o susurro, en voz alta, casi a gritos, corría la noticia de que al amanecer un pastor había encontrado a esos cuatro muchachos muertos, con la sangre brotada de sus sienes extendida metros enteros, tiñendo la blancura helada de la nieve.

Cuando entré raudo a casa para dar la noticia antes de que alguien se me adelantara, sin ninguna discreción ni susurro, sin detenerme a pensar si no sería uno más de los rumores exagerados que no pocas veces al año circulaban como verdades durante varios días, ya mi madre estaba en el desván con la mirada perdida en el horizonte, como intentando traducir los ligeros copos de nieve que de nuevo empezaban a caer sobre los tejados y las calles, bailando al ritmo del viento de agosto.

—¡Muertos, madre! ¡Cuatro chicos muertos a tiros, madre, en Sacsayhuamán! —vociferé.

Ella se estremeció. No parecía entender lo que le decía, sus ojos quedaron fijados en mi boca, como si yo estuviera comunicando cosas ininteligibles, pero que igual

se le clavarán como cuchilladas en la espalda. Cuando repetí la noticia con voz aún más fuerte, exhaló un suspiro y, con suavidad, se llevó el índice a los labios, convocándome a cobijar el silencio que una noticia así requería, como si el silencio que yo pudiera aportar revirtiera el tiempo, los hechos, la ocasión que había dado lugar a tanto frío en agosto, a tanta nieve manchada por la sangre de cuatro jóvenes que en ese instante aún no se terminaban de identificar.

—¡Mamá!, ¿no me has oído? Te digo que han encontrado a cuatro chicos, ¡muertos a tiros en Sacsayhuamán!
—insistí.

Mi madre siguió paralizada, con el índice sobre sus labios. Hizo un intento por acercarse a mí, pero parecía incrustada en el suelo. Hasta que me ordenó que bajara a desayunar. Ella se quedó en el desván; yo me apresuré en obedecerla y corrí al comedor, ávido por conocer la noticia que, seguramente más detallada o exagerada, la cocinera habría traído de la calle junto con el pan y la leche fresca.

Han pasado sesenta y cinco años desde entonces y no sé por qué, cada vez con más frecuencia, el recuerdo de mi madre en esos días retorna, se explaya, interroga. Será que ya estoy viejo, aunque ahora se esquive esa palabra y debiera decir que ya soy un adulto mayor. En cualquier caso, su imagen vuelve y me desafía, como para darles hoy plenitud al dolor y a la fortaleza que entonces ni yo ni nadie reconocía en ella, ni en la que gente amó y admiró casi a escondidas. Ella vuelve, no siempre con la mirada taciturna de aquellos días invernales en que todos los demás, grandes y chicos, se preguntaban por qué cuatro jóvenes con vidas prometedoras, veinticinco años el mayor de ellos, habían terminado sus días de esa manera. Eran

tantas las habladurías, que se discutía con ardor si cabía la posibilidad de que hubiera sido un suicidio colectivo, en cuyo caso habría que debatir si merecían ser enterrados en el cementerio, dada la violación del precepto de jamás segarse la vida por mano propia. También corrían las insinuaciones de que esas muertes habrían sido producto de una orgía donde se libó licor y drogas, o de un lío de homosexuales donde cada cual quiso mostrar a un efebo quién valía más. Mi madre escuchaba, no opinaba, intentaba cambiar de tema. La veo levantarse de su asiento el día de mi cumpleaños, con la mirada despidiendo cierta lástima por la gente que, transcurrido un mes, no dejaba de entretener las veladas conjeturando las razones que llevaron a esos muchachos, grandes amigos, llenos de vida, a ser eliminados de la faz de la tierra, una misma noche, en un mismo lugar, con un mismo revólver.

En esos días su mirada era perdida, era tristeza; pero hoy que tengo tres hijos y cinco nietos, también debería recordarla riendo, libre de sus duelos; inventando canciones, a veces en castellano, otras en quechua; sonriendo si yo le hacía esas preguntas de niño que enorgullecen a sus padres; feliz cuando sus nietos la contemplaban tocar el violín. Si en su vida, a pesar de todo, primó el buen semblante, la buena entraña, durante años me he preguntado por qué el recuerdo que de ella más me ha acompañado es el de su mirada fijada en la ventana del desván, desde donde se podía alcanzar la vista del Ausangate perpetuamente nevado, como inquiriendo qué debió hacer, quizás invocando justicia o acaso pidiendo perdón por las verdades que acalló.

Hoy que tengo la edad para ser el padre de aquella mujer de cuarenta y cinco años, la sigo percibiendo

mayor a mí, superior a mí. Desconozco si ella estaría de acuerdo con que yo me tome licencia para interpretar lo que pudieron ser sus sentimientos, para desenterrar sus secretos, o que me adscriba el derecho a desentrañar las incógnitas que la envolvieron. Sin embargo, me parece verla volteando hacia mí la mirada, en una de esas tardes en que sus ojos parecían extraviados, para esforzar una sonrisa que le sale endeble, pero que no deja de ser profunda ni sincera. Entonces creo que debo escribir sobre esa mujer, sobre la crudeza de la época en que le tocó vivir, sobre la valentía con que la gente como ella respondió. Quizás nadie más esté interesado en conocer esa historia. No importa. Después de seis décadas, yo se la debo. Y me la debo a mí mismo. Hasta ahora he vivido recordando esos tiempos con sentimientos sueltos, como meros episodios intensos, con sentidos puntuales, incluso brutales, pero inconexos. Mas he ahí que una y otra vez volvían a la memoria; en ocasiones quise reprimirlos, creyendo que era mejor dejarlos reposar en el pasado al que pertenecían. Hoy, que me aproximo a los setenta y tres años con los que mi madre murió, me pregunto qué habría sido de mi vida si no hubiera nacido de ella, si no hubiera conocido detalles importantes de quién fue, y qué poco me podría explicar a mí mismo quién soy si no hubiera recibido el desafío de su mirada, de sus silencios, de su extraña despedida.

Los truenos anunciaban una lluvia potente; nada extraordinario en el mes de enero. Sentada en el comedor, una mujer bordaba un árbol en un babero, mientras, en una habitación contigua, sus hijas mayores reían y con una canción invocaban a que Santa Bárbara doncella las librase del rayo y la centella. De repente, un nuevo estruendo rajó el atardecer, las ventanas se estremecieron, empezó a llover. La mujer respiró aliviada: desatado el aguacero, el horizonte se calmaría; cuatro o cinco puntadas más, y terminaría de dar forma al árbol que había trazado con un hilo. Una contracción la sacó de sus planes. Se levantó de la mesa y caminó en dirección a la puerta, dejando junto a la bandeja de blanquillos y rojísimas frutillas el babero que estuvo bordando.

Eso fue lo que le contaron a mi madre sobre las circunstancias de su nacimiento. A ella le gustaba la lluvia; de la nieve no opinaba. Explicaba su emoción ante los rayos arguyendo que tal vez le recordaban el momento de su entrada al mundo. Uno puede tomarse la libertad

de hallar en la naturaleza señales con las que nos identificamos y que puedan darles algunas interpretaciones más satisfactorias a nuestras vidas. Muchos años después de su muerte, pienso en el escenario de su nacimiento y en él encuentro varios elementos que siempre la marcaron: el rojo intenso junto al blanco, la música que intenta conjurar los miedos, el reto de proseguir con el árbol de la vida.

Es pertinente resaltar que mi madre nació con el siglo XX. A ella le gustaba hacerlo. Decía que se había pasado más de nueve meses en el vientre materno para darse el gusto de nacer la primera semana del año 1900. Junto al tocador de su habitación, colgaba un cuadro que había confeccionado de adolescente, donde con números guindas y azules bordara en punto cruz «1900». Sus cuatro hermanos mayores pertenecían al siglo XIX; ella había nacido cuando la menor de todos ellos tenía dieciséis años. Quizás por estos motivos, desde niña vivió como una extraña esos tiempos de modales estrictos, faldas largas, edificios lúgubres, calles estrechas sin alumbrado público; de mujeres resueltas al interior de sus casas, aunque afuera debían exponer sumisión y velos oscuros; de jefes de familia tiernos con sus hijos, pero que ante los demás se mostraban fieros. Cuando su padre supo que de manera imprevista iba a tener otro hijo, se había entusiasmado con la posibilidad de que fuera un varón que perpetuara su nombre, Giraldo, y asumiera su herencia comercial, ya que su primogénito fue nombrado Pedro en honor a su abuelo materno y era un estudiante nada interesado en sus negocios. Para no decepcionarlo, a la niña que nació la bautizaron como Giralda.

Giralda, la chiquilla que jugaba a las canicas con los dedos del pie; la adolescente que indagaba por qué había

recuerdos que eran asfixiados con una mirada fulminante en cuanto alguien olvidaba olvidarlos; la universitaria que fue desheredada por su padre cuando se casó contra su voluntad; la mujer sobreprotectora, la mujer ausente. Giralda, mi madre.

Yo he heredado su casa, que a su vez le fuera heredada por su tía Rolena tras la cuarta detención de su marido. Legándole esa casa, había querido compensar a su sobrina y aunar su coraje, el coraje que Rolena no había tenido medio siglo atrás para rebelarse contra un padre que le prohibió casarse con quien le daba la gana. Yo he heredado esa casa, pero ya no vivo en ella, porque hoy que el casco antiguo de la ciudad que albergara familias se ha convertido en epicentro del turismo, como muchos vecinos, también la he alquilado a un hotel desde hace cinco años y por al menos dos décadas más. Sin embargo, en el contrato me reservé el desván: la espaciosa buhardilla del tercer piso donde mi madre almacenaba las cosas viejas, donde acudía para contemplar el Ausangate y donde probablemente se recordaba a sí misma quién era; depósito de reliquias donde guardó las llaves de unas puertas que nunca debieron abrirse al olvido; desván donde a veces traigo a mis nietos para que puedan contemplar la plaza de Armas del Cusco, el ombligo de esta ciudad que en su época imperial se designó a sí misma «ombligo del mundo». Cuántas cosas vio mi madre acontecer desde estas ventanas; cuántas cosas grandiosas, festivas y trágicas vimos nosotros; cuántas cosas desde ellas les tocará ver aún a mis hijos, a mis nietos. Yo solo puedo contar lo que viví, lo que escuché, lo que presentí, lo que todavía puedo vislumbrar desde las siete décadas que he recorrido. Escribo esto y en mi estilo me percibo más viejo de

lo que soy; será que al hacerlo en un desván de tiempos remotos, se me pegan los aires que han absorbido sus paredes de piedra y barro, sus techos tejados, las inmensas montañas que hasta acá se aproximan, observando a las generaciones que pasan por sus faldas.

Quizás sea pertinente continuar apuntando que, en el año 1900, un niño llamado Rafael jugaba con un trompo en su calle hasta que se quedó pasmado ante el paso de una mujer que empujaba el primer cochecito de bebé que veía en su vida. Al levantarse del suelo para distinguir a la criatura, conoció a Giralda, que con pocos meses sonreía, ajena al ruido que en ese mismo momento producía el paso de una carreta tirada por dos mulas. También es pertinente señalar que ese mismo año, el hermano mayor de Rafael, con tan solo diecinueve años, se vio obligado a reconocer a un recién nacido fruto de su relación con una joven panadera que vivía al fondo de esa misma calle. Bautizado con el nombre de Fermín, este sería un niño que nunca preguntaría por su padre ausente, pues en los años sucesivos tendría más hermanos que tampoco preguntarían por los suyos; un niño de mirada profunda que entre sus primeros recuerdos también albergaría la admiración por esa Giralda sonrosada que hasta los cuatro años siguió siendo paseada por su madre o alguno de sus hermanos en aquel cochecito y, más adelante, en un caballito de madera con ruedas de hule. La primera vez que la vio salir de su casa caminando sobre sus propios pies, le debió parecer más asequible: abandonó en la acera la palangana de agua que estaba acarreado hasta el horno de su abuelo y corrió a presentarse. Frenó en seco. Pocos pasos los separaban, pero en medio estaba

el hermano de Giralda: grande, con traje oscuro, sombrero negro y una mirada que lo observó con extrañeza. Ella también se le quedó mirando, sin pronunciar nada. Fermín retrocedió un paso, tomó aliento y huyó en busca de su palangana.

